

Elecciones

10

Las elecciones autonómicas de 2015 y 2016

Edición a cargo de
Nieves Lagares
Carmen Ortega
Pablo Oñate

CIS

Centro de Investigaciones Sociológicas

Elecciones

10

Las elecciones autonómicas de 2015 y 2016

Edición a cargo de
Nieves Lagares
Carmen Ortega
Pablo Oñate

CIS

Centro de Investigaciones Sociológicas
Madrid, 2019

Consejo Editorial de la colección Elecciones

Director:

José Félix Tezanos Tortajada, Presidente del Centro de Investigaciones Sociológicas

Consejeros:

Antonio Alaminos Chica, *Universitat d'Alacant*; Luis Enrique Alonso Benito, *Universidad Autónoma de Madrid*; Antonio Álvarez Sousa, *Universidade da Coruña*; Antonio Ariño Villarroya, *Universitat de València*; Ángel Belzunegui Eraso, *Universitat Rovira i Virgili*; Joaquim Brugué Torruella, *Universitat Autònoma de Barcelona*; Verónica Díaz Moreno, *Universidad Nacional de Educación a Distancia*; Arantxa Elizondo Lopetegui, *Universidad del País Vasco*; Javier de Esteban Curiel, *CIS*; José Ramón Flecha García, *Universitat de Barcelona*; Margarita Gómez Reino, *Universidad Nacional de Educación a Distancia*; Carmen González Enríquez, *Universidad Nacional de Educación a Distancia*; Gonzalo Herranz de Rafael, *Universidad de Almería*; Alicia Kaufmann Hahn, *Universidad de Alcalá*; Lourdes López Nieto, *Universidad Nacional de Educación a Distancia*; Antonio López Peláez, *Universidad Nacional de Educación a Distancia*; Araceli Mateos Díaz, *Centro de Investigaciones Sociológicas*; Almudena Moreno Mínguez, *Universidad de Valladolid*; Gregorio Rodríguez Cabrero, *Universidad de Alcalá*; Olga Salido Cortés, *Universidad Complutense de Madrid*; Bernabé Sarabia Heydrich, *Universidad Pública de Navarra*; Eva Sotomayor Morales, *CIS*; Benjamín Tejerina Montaña, *Universidad del País Vasco*; Antonio Trinidad Requena, *Universidad de Granada*

Secretaría:

María del Rosario H. Sánchez Morales, Directora del Departamento de Publicaciones y Fomento de la Investigación, CIS

Las elecciones autonómicas de 2015 y 2016 / edición a cargo de Nieves Lagares, Carmen Ortega y Pablo Oñate. – Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2019

(Elecciones; 10)

1. Sociología electoral 2. Elecciones autonómicas 3. España

316.334.3(460):324

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento (ya sea gráfico, electrónico, óptico, químico, mecánico, fotocopia, etc.) y el almacenamiento o transmisión de sus contenidos en soportes magnéticos, sonoros, visuales o de cualquier otro tipo sin permiso expreso del editor.

Colección ELECCIONES, 10

Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado

<http://publicacionesoficiales.boe.es>

Primera edición, mayo 2019

© CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS

Montalbán, 8. 28014 Madrid

www.cis.es

© Nieves Lagares, Carmen Ortega y Pablo Oñate

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España

Printed and made in Spain

NIPO (papel): 045-19-005-0 — NIPO (electrónico): 045-19-006-6

ISBN (papel): 978-84-7476-791-9 — ISBN (electrónico): 978-84-7476-792-6

Depósito legal: M-9759-2019

Preimpresión e impresión:

Arias Montano Comunicación, S. A.

Coto de Doñana, 9

28320 Pinto (Madrid)

Esta publicación cumple los criterios medioambientales de contratación pública.



Índice

1.	LA RELEVANCIA DE LAS ELECCIONES AUTONÓMICAS DE 2015 Y 2016 EN EL CONTEXTO DE UN SISTEMA MULTINIVEL EN CRISIS. <i>Nieves Lagares Díez, Carmen Ortega y Pablo Oñate</i>	7
2.	LA LEGISLATURA AUTONÓMICA DE LA CRISIS ECONÓMICA Y LA CRISIS POLÍTICA: LA INDIGNACIÓN CIUDADANA, LA GRAN RECESIÓN Y LOS NUEVOS PARTIDOS. <i>Joan Botella y Juan Montabes Pereira</i>	17
3.	PARTIDOS Y ESCENARIOS ANTE LAS CONVOCATORIAS DE 2015-2016. <i>Xosé Luis Barreiro Rivas y Elba Maneiro Crespo</i>	37
4.	LA SELECCIÓN DE LOS CANDIDATOS Y CANDIDATAS. <i>Oscar Barberà y Juan Rodríguez Teruel</i>	61
5.	CONOCIMIENTO Y VALORACIÓN DE LOS LÍDERES POLÍTICOS AUTONÓMICOS. <i>Guadalupe Martínez Fuentes y Jonatan García Rabadán</i>	81
6.	LAS CAMPAÑAS ELECTORALES: INTERÉS, SEGUIMIENTO Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA. <i>Ismael Crespo Martínez y Antonio Garrido</i>	99
7.	LAS REDES SOCIALES COMO NUEVO ELEMENTO DE DESIGUALDAD DE LA COMUNICACIÓN PARTIDISTA. <i>José Manuel Robles y Stefano De Marco</i>	129
8.	LA ABSTENCIÓN Y LA MOVILIZACIÓN AGREGADA EN LOS PROCESOS AUTONÓMICOS DE 2015 Y 2016. <i>José Manuel Trujillo y Sergio Pérez Castaños</i>	143
9.	LOS RESULTADOS ELECTORALES Y LOS SISTEMAS DE PARTIDOS: CAMBIO Y CONTINUIDAD EN LAS ESPAÑAS ELECTORALES. <i>Nieves Lagares Díez y Pablo Oñate</i>	165
10.	LA NUEVA GEOGRAFÍA ELECTORAL TRAS LAS CONVOCATORIAS AUTONÓMICAS DE 2015 Y 2016. <i>Rafael Leonisio y Pablo Oñate</i>	189

11. LOS EFECTOS DE LOS SISTEMAS ELECTORALES AUTONÓMICOS EN LOS PARTIDOS Y LOS SISTEMAS DE PARTIDOS. <i>Carmen Ortega y Pablo Oñate</i>	205
12. LA MOVILIZACIÓN Y LA ABSTENCIÓN INDIVIDUALES: PERFILES Y MOTIVACIONES. <i>Erika Jaráiz Gulías y Rafael Leonisio</i>	225
13. LOS ANCLAJES TRADICIONALES DEL VOTO EN EL CONTEXTO DE LA CRISIS Y DE LA NUEVA POLÍTICA. <i>María Pereira y Nieves Lagares Diez</i>	243
14. ¿ES LA ECONOMÍA? EL VOTO ECONÓMICO EN LAS ELECCIONES AUTONÓMICAS DE LA GRAN RECESIÓN. <i>Ángel Cazorla y Fátima Recuero López</i>	281
15. LAS IDENTIDADES NACIONALES Y EL VOTO. <i>José Manuel Rivera Otero, Diego Mo Groba y Gabriel Colomé</i>	299
16. LA PROTESTA Y EL VOTO. ¿CUÁNTO HAY DE PROTESTA EN EL VOTO A LOS NUEVOS PARTIDOS?. <i>María Pereira, Adrián García y Paloma Castro</i>	319
17. VIEJA POLÍTICA-NUEVA POLÍTICA: ¿NUEVA LÍNEA DIVISORIA DEL VOTO?. <i>Erika Jaráiz Gulías y Ángel Cazorla</i>	347
18. LOS CAMBIOS DE VOTO ENTRE ELECCIONES GENERALES Y AUTONÓMICAS: ABSTENCIÓN DIFERENCIAL Y VOTO DUAL. <i>José Antonio Peña-Ramos y Miguel Anxo Bastos Boubeta</i>	365
19. LOS PERFILES DE LAS ÉLITES PARLAMENTARIAS TRAS LAS ELECCIONES AUTONÓMICAS DE 2015 Y 2016: NUEVAS CARAS, VIEJAS TENDENCIAS. <i>Pablo Oñate y Acaymo Viera</i>	389
20. LOS GOBIERNOS AUTONÓMICOS: MAYORÍAS, MINORÍAS Y COALICIONES. <i>Santiago Delgado Fernández y Juan Montabes Pereira</i>	409
ANEXO. RESULTADOS DE LAS ELECCIONES AUTONÓMICAS DE 2015 Y 2016, POR COMUNIDAD AUTÓNOMA Y SUS CIRCUNSCRIPCIONES	427
BIBLIOGRAFÍA	457
ÍNDICE DE TABLAS, GRÁFICOS Y FIGURAS	487
SOBRE LOS AUTORES	495

CAPÍTULO 3

Partidos y escenarios ante las convocatorias de 2015 y 2016

Xosé Luis Barreiro Rivas y Elba Maneiro Crespo

3.1. Introducción: las condiciones de los partidos

Cuando S. J. Eldersveld describió los partidos políticos como «sistemas completos en miniatura» estaba apuntando a dos ideas esenciales para el análisis de la política y de los propios partidos: a) que hay una intrínseca relación entre los procesos y motivaciones de cambio que experimentan los propios partidos y la sociedad en la que operan, y b) que los potenciales de coalición y chantaje no tienen su causa solo en los procesos sociales y la confrontación partidaria, sino también en las dinámicas de división que se instalan, de acuerdo con las circunstancias de cada momento, en la estructura organizativa interna de los diferentes partidos.

En el caso español, cuya actual movilidad en el sistema de partidos se analiza básicamente desde la perspectiva de la fragmentación —el paso de dos a cuatro partidos, como resultado de un cambio de comportamiento electoral motivado por la confluencia de sentimientos y reacciones derivadas de la indignación y la desafección generadas por la crisis—, es posible que tengamos que incluir nuevas hipótesis a partir de los escenarios estratégicos y de las estructuras de oportunidad desplegadas tanto por los nuevos partidos como por los partidos clásicos en función también de sus propias dinámicas internas. Y ello, porque aunque la fragmentación del sistema partidario de España, a partir de 2014, es innegable, no es tan claro, al menos a día de hoy, que esté afectada por una dinámica de demolición como las que hicieron desaparecer, por ejemplo, los anteriores sistemas partidarios de Francia e Italia. Sin embargo, es fácil intuir la relación entre la crisis interna de algunos partidos y su dinámica electoral.

Las elecciones autonómicas de 2015 y 2016 han servido para poner a prueba el sistema, para conocer la consistencia de los cambios que se avecinaban, para sa-

ber de la resistencia de los viejos partidos y de la capacidad de penetración de los nuevos. Y todo ello en una arena de competición más proclive para los viejos partidos que para los nuevos en virtud del desigual desarrollo organizativo territorial de ambos.

En este capítulo trataremos de establecer las condiciones en las que se encontraban los partidos ante las citas electorales de 2015 y 2016, los escenarios que se generaban a partir de dichas condiciones y las estrategias que construyeron los partidos ante dichos escenarios. Y todo ello asumiendo cuatro factores que, desde nuestro punto de vista, estaban en la base de las anteriores condiciones, a saber: a) la necesidad del PP de conservar sus numerosas mayorías absolutas; b) las conflictivas dinámicas internas del PSOE; c) la estrategia de desarrollo de Podemos tras el éxito en las europeas, y d) las dificultades de Ciudadanos ante la competición autonómica.

- a) El PP y la mayoría absoluta como única opción. En 2011 el voto al Partido Popular y al Partido Socialista Obrero Español sumaba en torno al 72% de los apoyos, tres años después, en las elecciones europeas de 2014, dicho apoyo bajaba hasta el 50%. La estabilidad del modelo bipartidista, que había dominado el escenario político español desde 1982, parecía estar en cuestión, y este cuestionamiento del modelo suponía, además, una alteración profunda en las dinámicas de competición de los partidos, como más adelante veremos, y muy especialmente afectaba a los componentes estratégicos y tácticos que había adoptado el Partido Popular en los últimos treinta años, basados, estratégicamente en (1) la hegemonía del centroderecha no nacionalista, y con la incorporación de elementos tácticos tales como (2) la defensa a ultranza de que gobierne el más votado y (3) la defensa de la experiencia como valor de gobierno.

Y aunque la caída en más de 20 puntos en la concentración partidista induce al PP y al PSOE a encarar los comicios autonómicos presentándose a sí mismos como la única opción estable y segura de la oferta política frente a la inexperiencia y volatilidad de los nuevos partidos, Podemos y Ciudadanos, lo cierto es que si en la confrontación viejos-nuevos partidos —tanto en la derecha como en la izquierda— los dos tienen intereses semejantes, en la competición global, lo que para el PP se construye como un problema para el PSOE es una oportunidad.

Todo indicaba que las elecciones autonómicas de 2015 y 2016 se realizarían bajo la dicotomía viejos-nuevos partidos, en un intento del PP de conservar su referida hegemonía y del PSOE de procurar evitar el avance de Podemos. Y es que ante las elevadas expectativas creadas alrededor de Podemos tras las europeas, las elecciones autonómicas y municipales alcanzaron una doble dimensión estratégica: la de la propia competición autonómica y la que atañe a la construcción de posiciones de cara a la inminente cita legislativa, especialmente para los nuevos partidos. En este

último sentido, todo parecía indicar que, por primera vez en treinta años, tres partidos podrían postularse en las generales de 2015 con opciones de ganar el gobierno de España. Y ese escenario era clave para comprender las decisiones estratégicas de los partidos.

Precisamente por eso, el PP presentó en enero de ese mismo año un manifiesto electoral apelando al espíritu de la Transición, en el que pedía a los electores que ignorasen «populismos, cantos de sirena, soluciones demagógicas, reclamos y eslóganes propios del oportunismo político¹», pero sobre todo apelaba a la herencia de la Transición como expresión de la competición viejos-nuevos partidos, los que construyeron la Transición y los que la ponen en cuestión. Pero ni siquiera el idílico recurso a la magnánima lectura española sobre la Transición fue capaz de ahogar algunas voces críticas dentro del propio PP. Tras el fracaso en las elecciones de Andalucía, adelantadas y celebradas el 22 de marzo de 2015, varios dirigentes achacaron los malos resultados a problemas relativos a carencias de comunicación —ese recurso tan socorrido para los políticos cuando no saben lo que pasa o no pueden decirlo públicamente— que extendían no solo al caso andaluz, sino a todo el partido. El líder popular en Galicia, Alberto Núñez Feijóo, o Alberto Fabra, presidente de la Generalitat Valenciana entonces, apuntaban a una mala estrategia de comunicación², pero ¿qué es lo que comunicaban mal? Lo cierto es que el posible control de la crisis que quería trasladar el Gobierno chocaba de frente con los casos de corrupción que ahogaban la estrategia de los populares.

Los malos pronósticos en cuanto a resultados que otorgaban las encuestas previas a los comicios autonómicos crearon tal nerviosismo entre los populares que a principios de abril de 2015, tras dos años sin reunirse, Rajoy convocó la Junta Directiva Nacional, en la que hizo un llamamiento de unidad de cara a las inminentes elecciones autonómicas³. Con todo, el PP llegaba inmerso en demasiados procesos de corrupción que incorporaban valores negativos a las dinámicas de competición viejos-nuevos y que atrapaban de una forma no deseada al PP en esa dicotomía. Lo que podía haber sido un valor de experiencia se convertía así en «experiencia negativa».

- b) Las conflictivas dinámicas internas del PSOE. Tras un año de enconados conflictos internos, el PSOE intentaba mostrar una imagen de unidad que permitiera dejar atrás la peor lectura del Partido Socialista desde la Transi-

¹ Disponible en: https://www.pp.es/sites/default/files/documentos/pp_programa-autonomicas_2015.pdf.

² Precedo, David: «Feijóo y Fabra reclaman “autocrítica” y “escuchar más a la sociedad”», *El País*, 01-04-2015. Disponible en: https://politica.elpais.com/politica/2015/04/01/actualidad/1427885205_261056.html.

³ Casqueiro, Javier: «Rajoy pide al PP centrarse en la recuperación y apartar las disputas», *El País*, 07-04-2015. Disponible en: https://politica.elpais.com/politica/2015/04/07/actualidad/1428397127_700142.html.

ción. Las elecciones europeas de 2014 y los magros resultados cosechados entonces abrieron la pugna por hacerse con la secretaría general socialista entre Pedro Sánchez y Eduardo Madina y, en un segundo plano, José Antonio Pérez Tapias. Finalmente, la victoria de Pedro Sánchez, que debía servir para cerrar heridas y recuperar la confianza del electorado, no pareció servir ni para lo uno ni para lo otro. La líder socialista de Andalucía, Susana Díaz, junto con otros barones del partido, entendió que las posiciones de izquierda defendidas por Sánchez y avaladas por la militancia para centrar la competición con Podemos alejaban al partido del centroizquierda en el que necesitaban posicionarse los cargos institucionales del PSOE, presidentes de comunidades, alcaldes, etc., y que tradicionalmente había sido el caladero de voto del PSOE. En otras palabras, mientras Sánchez apostaba a la competición dentro de la izquierda, los cargos institucionales del partido apostaban por la competición con el PP y por no abandonar el electorado de centro, que tradicionalmente había dado la victoria al partido; mientras unos, acompañados por la militancia, se orientaban a la competición intrabloque, los otros se decantaron claramente por la competición entre bloques, y en esta dinámica el partido mostraba su cara mas destructiva.

Las elecciones autonómicas se revelaban para el PSOE como una oportunidad frente a un Podemos sin un desarrollo territorial pleno y que todavía no había adoptado una estrategia de competición autonómica, ni tan siquiera de organización autonómica, clara. Y al mismo tiempo, suponían una oportunidad frente al PP, demasiado expuesto por el nuevo modelo de dispersión de voto y por las dificultades para reproducir las mayorías absolutas de comicios anteriores.

En estas circunstancias, los procesos electorales autonómicos constituían un bálsamo para la quebrada unidad orgánica socialista, pero el posible éxito de los cargos institucionales autonómicos que afrontaban la citada competición podía, asimismo, construir y reforzar aun más, si cabe, la quiebra de los barones con el secretario general, como más adelante se confirmaría.

Los socialistas afrontan este ciclo de competición con tres horizontes: 1) asentar la imagen de que siguen siendo la primera fuerza de la izquierda, 2) ser clave en futuros pactos, y 3) recuperar viejos feudos perdidos. Porque, a diferencia del PP, el PSOE da por cerrado el tiempo de las mayorías absolutas y se encamina hacia una nueva «lógica de la coalición», que ya ha practicado en el terreno autonómico y que algún día, de mantenerse esta ruptura del bipartidismo, pudiera ser vital para alumbrar un nuevo presidente en España.

Pedro Sánchez emprendería una campaña de inspiración «puerta a puerta», cargada de actos por todo el territorio español, en un intento por

recuperar la cercanía con los ciudadanos y competir abiertamente por los «votantes socialistas» a los que apelaba directamente el líder de Podemos, Pablo Iglesias.

- c) La estrategia de desarrollo de Podemos. Para lograr en los comicios europeos de 2014 el 8% de los votos, la nueva formación tan solo precisó de cuatro meses desde su fundación (Raffini, Penalva y Alaminos, 2015). Un líder comunicador y personalizador de la política, un discurso sencillo, directo y contundente, y una estructura de oportunidad abierta a las ideas y a la organización emergente fueron suficientes para que, de la noche a la mañana, Podemos soñara con su particular asalto a los cielos.

Podemos nació con vocación de dar amparo y expresión al descontento generalizado hacia las instituciones, los partidos tradicionales y los propios políticos que estaba viviendo la ciudadanía española. En un intento de centrarse en la nueva política, quiso distanciarse de la caracterización tradicional izquierda-derecha, tomando como estrategia la participación en red descentralizada. Lograba así hacerse un hueco en el escenario político español, y tras los resultados de las europeas, todos se preguntaban cuál sería su siguiente paso. Y efectivamente, aunque cronológicamente más próximas las autonómicas, todo parecía apuntar a que el siguiente objetivo de Podemos eran realmente las elecciones generales de 2015. Primero, porque su desarrollo territorial no le permitía afrontar con garantías las autonómicas, segundo, porque un partido profundamente personalista, nacido ligado a la imagen de su líder hasta en el propio logo, no podía arriesgar a la diversificación temprana de ese liderazgo.

Por ello, la estrategia de la campaña de las elecciones autonómicas fue construida, en gran medida, en función de las siguientes elecciones generales, buscando convertir a Podemos en un partido capaz de competir por las Cortes Generales y renunciando expresamente a dar batalla en municipales y a limitarla en autonómicas, hasta el punto de servir de soporte a otras organizaciones en estas arenas con el único objetivo de hacer funcionar estas alianzas para las generales. Nacieron así las llamadas confluencias, y con ellas se dejaron atrás y se institucionalizaron, o se modificaron, algunos de los aspectos más rupturistas del programa electoral de las elecciones europeas de 2014. De este modo, las alianzas municipales y autonómicas servían a Podemos para no crear liderazgos concurrentes dentro de la organización que compitiesen con el del propio líder, más allá de los que ya se presentaban como incipientes (Errejón), y para construir una estructura ajena reguladora del discurso más extremista de cara a las elecciones autonómicas pero con las elecciones generales de 2015 en mente.

Podemos fue limando su discurso, acercándolo al centro, buscando el electorado socialista, a la vez que generaba una estrategia de alianzas con

tres objetivos específicos: 1) cerrar su flanco izquierdo, 2) evitar su definición identitaria en las comunidades del 151 y 3) promover estrategias de confluencia en las grandes ciudades en torno a liderazgos ajenos a su propia organización. Y todo ello con la vista puesta en el gran objetivo de Podemos, que no es otro que convertirse en la primera fuerza de izquierdas en las elecciones generales de 2015. Hasta el punto de poner en riesgo el propio desarrollo organizativo territorial al renunciar a la expansión de la marca en las elecciones municipales y autonómicas de 2015.

En el período que va de 2014 a 2015-2016, Podemos mediría sus posibles aliados regionales y finalmente se presentaría en coalición en tres autonomías: Cataluña, Galicia y País Vasco. En Cataluña, la coalición se denominaría Catalunya Sí que es Pot, formada por Equo, EUiA, ICV y Podem. Esta confluencia sería la predecesora de la candidatura Catalunya en Comú-Podem en las elecciones catalanas de 2017. En Galicia, la formación morada se coaligaría con los integrantes AGE (Alternativa Galega de Esquerdas). AGE representaba la tercera fuerza en el Parlamento gallego, y sus integrantes (Anova-Irmandade Nacionalista y Esquerda Unida) no esperaban obtener peores resultados. Por su parte, en el País Vasco Podemos se presentaría como Elkarrekin Podemos, formado por Podemos Euskadi, Ezker Anitza (IU) y Equo.

- d) Ciudadanos ante la competición autonómica. La arena autonómica era la arena menos propicia para Ciudadanos, un partido nacido precisamente en esa arena en Cataluña, pero cuya posición antinacionalista ofrecía poca densidad competitiva en las comunidades sin nacionalismos y ninguna en comunidades con nacionalismos de derecha donde el PP ya ocupaba ese espacio. En otras palabras, Ciudadanos era un partido nacido en Cataluña, en el fragor del conflicto con los nacionalismos, y necesitaba de este conflicto para su desarrollo, como posteriormente se demostraría.

Desde su fundación, en 2006, había concurrido en tres elecciones autonómicas catalanas, dos elecciones de carácter municipal, unas elecciones generales y otras elecciones europeas. Sin embargo, a pesar de que, en su antinacionalismo originario, Ciudadanos jugaba en muchos momentos en los límites del centralismo antiautonomista, fue capaz de presentarse como una «nueva» formación política y adaptarse desde esta lógica al nuevo escenario de competición electoral. Destacando así la resiliencia del partido liderado por Albert Rivera y su potencialización del *cleavage* nuevo-viejo como uno de los elementos pivotantes de su estrategia discursiva. Ciudadanos, no obstante, siguió una doble lógica de diferenciación: por un lado, potenció la nueva fractura frente a los partidos tradicionales; por otro, utilizó la diferenciación constitucionalista para marcar la confrontación con Podemos, formación nacida de los movimientos anti-*establis-*

ment del 15M. Y en esta doble dimensión, viejo-nuevo, izquierda-derecha, Ciudadanos encuentra un espacio para resituar a los votantes de centroderecha que no encontraran alternativa al PP en las europeas y se refugiaran en la abstención, y para plantarle cara definitivamente, en esa lógica viejo-nuevo, al propio PP.

La formación naranja, que, como Podemos, sufría de un exceso de personalismo que transcendía su liderazgo para internarse en su estructura, afrontaba los comicios autonómicos sin hacer público si Albert Rivera se presentaría como candidato a las elecciones generales, a las elecciones catalanas o a ambas, dejando expresamente para después de dichos comicios la solución de este tema; y todo ello en un intento de centrar aún más la mirada en el nuevo líder que en los candidatos de cada comunidad o municipio.

Catapultados tras las elecciones europeas, Ciudadanos hacía frente a una campaña sin apenas rostros conocidos y con muy escasa implantación en gran parte del territorio. Pero al igual que le ocurría a Podemos, si pretendían postularse como una de las opciones viables en las elecciones generales, debían abordar las autonómicas con una estrategia clara que en el caso de Ciudadanos tenía dos componentes: 1) la implantación territorial y 2) el desarrollo de la marca.

Por ello Ciudadanos no optaría, como lo hizo Podemos, por propiciar coaliciones preelectorales, sino, por el contrario, por negociar pactos poselectorales. En realidad, mientras la campaña autonómica fue para Podemos la consolidación de alianzas para visualizar de forma inmediata la formación de Gobiernos, para Ciudadanos, consistió más en la apertura de franquicias por todo el territorio con el objetivo de tener posiciones propias de cara al futuro. De este modo, los de Rivera buscaban ganar una mayor visualización y colocarse en una buena situación de cara a las siguientes elecciones generales, pero asumían también los problemas generados por los nuevos líderes autonómicos de la franquicia naranja, que, creados de la noche a la mañana, tenían que afrontar su nueva posición sin un bagaje institucional ni orgánico previo, lo cual también creó algunos quebraderos de cabeza a la organización.

3.2. Las elecciones al Parlamento Europeo de 2014 como catalizador de la nueva política

Como hemos visto mientras planteábamos la situación de los partidos, es imposible dibujar el escenario en el que se produjeron las elecciones autonómicas de 2015 y 2016 sin hacer referencia a las europeas de 2014, y a cómo en ellas fraguaron algunos

de los elementos que iban a formar parte del cambio del sistema de partidos en España. La periodísticamente llamada «caída del bipartidismo», el surgimiento de los «nuevos partidos» y la aparición de la «nueva política» constituyen etiquetas comunes de contenidos escasamente explorados, que, lejos de describir criterios que nos permitan interpretar la realidad, la envuelven y la hacen relativamente opaca, pero convergen en el cambio de una estructura de oportunidad para el cambio en el sistema de partidos que se abre con las europeas de 2014, que, de hecho, constituyen el principio del cambio (Cazorla, Rivera y Jaráiz, 2017). En la medida en que en ellas adquieren presencia electoral elementos que hasta entonces no habían resultado significativos para la competición (la indignación, la movilización, la protesta, etc.) o, si lo habían hecho, como pudo suceder en las generales de 2004, se habían reconducido a los partidos preexistentes pero nunca a la producción de nuevos actores.

Las elecciones al Parlamento Europeo de 2014 presentan una novedad respecto a los anteriores procesos electorales, los efectos de la desafección no se producen solo sobre el partido de gobierno sino que afectan también al principal partido de la oposición (Cordero y Montero, 2015: 5), y en este sentido, por primera vez desde la Transición, aparecen limitadas las posibilidades de transferencias de voto entre el PP y el PSOE, y un partido absolutamente nuevo emerge con fuerza en el escenario electoral y tiene resultados que permiten considerar la idea de su consolidación. La aparición de Podemos en las europeas de 2014, y en menor medida la de Ciudadanos, pone en duda dos ideas acerca de nuestro sistema de partidos, la primera, la natural y rígida tendencia al bipartidismo imperfecto generada por el sistema electoral, y la segunda, la no existencia de espacio para nuevos partidos en el arco de la competición española.

Analizar cómo se produce el salto desde la indignación, la desafección o la protesta dispersa hasta el apoyo a una nueva fuerza política emergente no es sencillo. Aunque importante, no basta con dar cuenta de las condiciones de oportunidad (Ramiro y Font, 2012) o las de contexto (Cordero y Montero, 2015) que representan unas elecciones de segundo orden para esta canalización, ni tan siquiera es suficiente con conocer los motivos de voto a esa nueva fuerza emergente (Lagares, Pereira y Jaráiz, 2015), es necesario, además, encontrar el modo en que ese descontento social, con narrativas y orígenes muy dispersos y heterogéneos, se orienta hacia una fuerza política capaz de abarcar esa amplitud de narrativas. Por eso la noche electoral del 25M no solo destacó la entrada de Podemos y Ciudadanos en la escena política, sino también la homogeneidad de resultados en una buena parte del territorio de España (Fernández-Albertos, 2015).

No cabe duda que la lógica electoral imperante en las elecciones europeas generó una ventana de oportunidad para la aparición de estos nuevos partidos, así como para la afectación del bipartidismo dominante hasta el momento (Lagares, Pereira y Jaráiz, 2015), lo cual, en mayor o menor medida, ya había sucedido en procesos precedentes. Pero esta vez, la aparición de nuevos partidos no fue solo

deudora de las condiciones específicas de los comicios europeos, tenía lugar en un contexto muy particular de la vida política española, marcado fundamentalmente por el surgimiento del movimiento 15M y las protestas antiausteridad, que provocaron que, en cierto sentido, el consenso político y social establecido desde la Transición se viera roto.

Esta ruptura del consenso no es ajena a la paulatina desaparición y pérdida de protagonismo de la generación que había hecho la transición política (la clase política de la Transición). Han pasado cuarenta años y los consensos, las formas, e incluso los silencios de la política de la Transición, se han roto. Una nueva generación, ajena a dichos procesos, golpeada por la crisis, afronta, por primera vez, la idea de que el progreso de las condiciones sociales está roto, y mira hacia los políticos y las formas políticas de la Transición con desconfianza, mientras reclama nuevas formas de hacer política. Los movimientos antiausteridad, basados en el discurso anti-*establishment*, reflejaron esta nueva fractura social entre la llamada «nueva» y «vieja» política, entre los viejos y los nuevos partidos, entre los viejos y los nuevos políticos. Los partidos políticos se enfrentan, así, a una crisis de legitimidad que abre una ventana de oportunidad para la irrupción de nuevos partidos que darán continuidad a dichos movimientos antiausteridad (Della Porta *et al.*, 2017: 46-50).

La llamada «nueva política» no es otra cosa que la aparición de nuevos argumentos que no habían formado parte de la competición política tradicional y que en cierto sentido sustituyen el argumentario clásico de dicha competición o tienen ahora la incidencia que antes no existía. No es que antes no se hablara de la corrupción, pero su incidencia en la decisión de voto parecía absolutamente limitada, tan solo era un guante que se tiraba al contrincante para que lo recogiera y lo devolviera, bajo la lógica «son todos iguales». Y de repente, las justificaciones que funcionaron durante años ahora no funcionan, y la corrupción se ha metido de lleno en el argumentario y en la lógica de la competición.

Lo cierto es que la «nueva política» se nos muestra más deudora de lo que percibo que de lo que soy, de lo comunicado que de lo vivido, de los contextos generados desde los nuevos modelos de comunicación que de las condiciones sociales en las que se produce mi vida. Y de este modo, los «nuevos partidos» no buscan el punto de encuentro de sus votantes en una lectura sociodemográfica de la sociedad, sino en una lectura discursiva y emocional que nos distingue del otro porque el otro es la casta, el corrupto, el nacionalista, etc. Todos hemos querido ver en esta nueva política un cierto toque de populismo, pero en realidad lo que se está produciendo es que el debate ha abandonado el eje de las políticas públicas tradicionales, originadas en las lógicas de clase, para centrarse en las propias formas de la política comunicada.

El problema reside entonces en abordar cómo se produce la competición entre los «nuevos y los viejos partidos», en saber si estamos viviendo el declive del

papel de los partidos tradicionales o una evolución de la naturaleza de los mismos, y no solo en España. Ciertamente es que los partidos ya no son lo que solían ser (Diamond y Gunther, 2001: 3) pero la mayoría de las veces, antes de preguntarnos por las formas que adquieren los partidos y sus continuos cambios, cabría preguntarse por la velocidad del cambio en nuestras sociedades. Vivimos en sociedades en continua transformación en las que los cambios van siempre por delante de las normas y de la política. Así, la disminución de la afiliación y militancia en términos tradicionales puede ser vista no tanto como un indicador del declive de los partidos (Scarrow, 2014) sino más bien como producto de un cambio; más concretamente, como un cambio en la forma de comprender la participación política o en las nuevas formas a través de las que canalizan dicha participación las «nuevas» formaciones políticas, cómo se generan otros modelos de *support* y la necesidad de ajustes que estos nuevos modelos conllevan dentro de las estructuras partidarias. En España, estamos asistiendo a la emergencia de nuevas formas de relación entre los partidos y sus «afiliados» y al debate interno sobre el papel de los militantes, los simpatizantes o si los votantes deben participar o no en la selección de candidatos.

Igualmente, la distinción organizativa y estructural entre partidos y movimientos también se nos ha quedado vieja. La noción de «*movement parties*», formaciones a medio camino entre partidos políticos y movimientos (Diamond y Gunther, 2001), tanto en su versión de partidos de izquierda libertaria como en la de partidos de extrema derecha posindustrial, nos puede resultar interesante a la hora de comprender la génesis de las nuevas formaciones en Europa, aunque no tanto en España. Frente a los partidos de izquierda tradicionales de Europa occidental que se centran en *issues* de distribución económica, los nuevos partidos de izquierda libertaria se centran en los denominados valores posmaterialistas (Kitschelt, 1994), tales como pueden ser los valores ecologistas. Se caracterizan también por la apertura en cuanto a quién se dirigen y puede ser susceptible a participar, haciendo por tanto que su base social sea mucho más diversa y que la conexión entre la organización y el ciudadano adquiera formas también diversas, con todo lo que ello supone para las tradicionales concepciones de la militancia.

En este contexto en el cual los *cleavages* de clase han ido perdiendo peso, la lealtad partidista es cada vez más débil y la volatilidad del voto es cada vez mayor; las bases tradicionales de voto son puestas en entredicho, y en este cuestionamiento aparece el espacio para la formación de nuevos partidos políticos, de diversa naturaleza, que generan una mayor competitividad desde la discursividad comunicada que desde el valor de las políticas públicas. Estas formaciones rechazan la orientación de clase tradicional sobre la que pivotan los partidos clásicos y «politicizarían» *issues* que previamente habían estado fuera de las dimensiones de competición política. De este modo apelan a los electores de forma que «rompen» con los esquemas partidistas previos, a menudo a través del tratamiento de un reduci-

do grupo de *issues*, llegando en muchas ocasiones a ser un *single-issue party*. Y mientras se niegan a competir en las dimensiones políticas tradicionales, los *nuevos partidos* propician la competición en torno a nuevos *issues*, que en muchas ocasiones van más allá de los patrones partidistas establecidos. El éxito o fracaso de las trayectorias de estos partidos no tienen tanto que ver con las características institucionales o las características sociológicas del país en cuestión, sino que son producto de la forma en la que los partidos políticos tradicionales se enfrentan a nuevas cuestiones y de la competición que desde los *issues* elegidos son capaces de generar con los viejos partidos.

En España, los dos partidos tradicionales habían alcanzado tal grado de consenso en torno a temas económicos y financieros que esto se tradujo en la inexistencia de debate real, en la incapacidad de alternativa a la crisis, propiciando así una oportunidad para las nuevas formaciones que vendría incrementada por la crispación política derivada de la crisis política y económica (Della Porta *et al.*, 2017). Así, mientras la crisis se acentuaba durante el primer Gobierno de Rajoy, el PSOE, en la oposición, seguía siendo, en opinión de los ciudadanos, el primer responsable de la crisis en España e incapaz de ofrecer una alternativa. Las políticas de austeridad no solo devoraron la capacidad de inversión pública del Estado, sino también la capacidad de una alternativa real en la política española, por inexistencia de un sujeto político capaz de enunciar esta alternativa. Estaba servido el escenario para el surgimiento de nuevos partidos.

Los nuevos partidos en España no responden a un único criterio, pero surgen en un contexto de oportunidad común en el que, frente a la lógica de los *cleavages* tradicionales, aparecen nuevos *issues* sobre los cuales se vertebran nuevos comportamientos electorales con mayor volubilidad ante nuevos contextos políticos, porque, en el fondo, de eso va la «nueva política».

Si las elecciones europeas constituyeron el momento original en que todos estos elementos estaban tomando cuerpo en el sistema de partidos (Barreiro, Pereira y García, 2015), las elecciones autonómicas de 2015 y 2016 se planteaban como la prueba de resistencia y resiliencia ante una nueva cita electoral de diferente naturaleza tanto para los nuevos partidos como para los partidos tradicionales, que debían afrontar unos nuevos oponentes. Ciertamente, las elecciones autonómicas compartían con las europeas de 2014 el hecho de ser consideradas elecciones de segundo orden (Reif y Schmitt, 1980; 1997; Heath *et al.*, 1999; Freire, 2004), pero mientras las elecciones europeas pudieron ser interpretadas como unas elecciones de castigo para los grandes partidos (Cordero y Montero, 2015), las elecciones autonómicas implican la elección de Gobiernos de proximidad de importancia determinante para los servicios que reciben los ciudadanos. Por ello, las elecciones autonómicas pusieron a prueba si este descontento plasmado en los resultados de las elecciones europeas de 2014 podría traducirse en una opción política de futuro a través de los partidos emergentes. Es decir, si el apoyo a las nuevas formaciones

expresado en las elecciones europeas era tan consistente como para generar unos nuevos actores que produjeran una nueva política.

3.3. Una nueva lógica de la competición

De los principales indicadores del sistema electoral y de partidos (fragmentación, competitividad, polarización y volatilidad), la fragmentación es, sin lugar a dudas, una de las dimensiones más interesantes, ya que no solo nos ayuda a hacernos una idea sobre la concentración y dispersión del poder político, sino también sobre el nivel de dificultad para la consecución de mayorías absolutas y/o formación de Gobierno (Ocaña y Oñate, 1999).

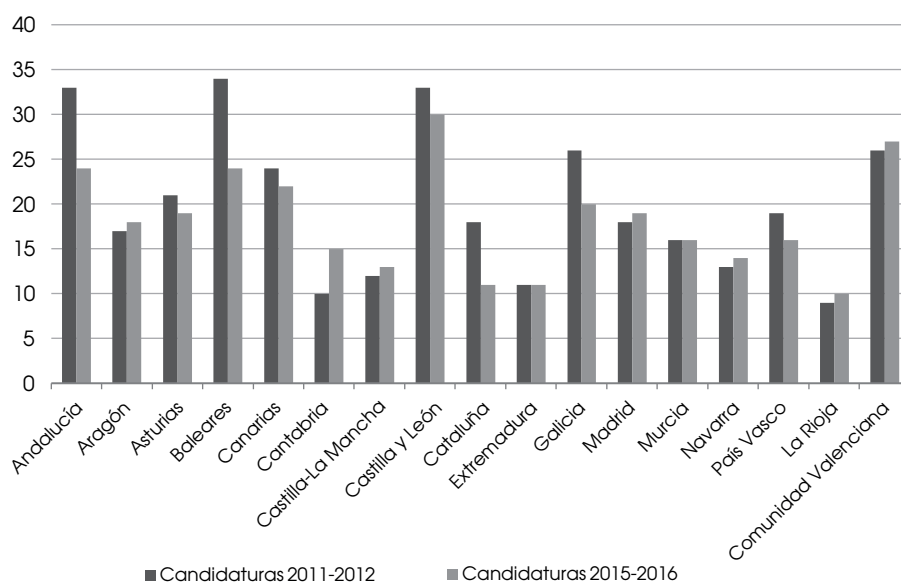
Desde sus primeras lecturas, la *fragmentación* del sistema de partidos aludió a la capacidad competitiva, y a la concentración o división de esta en función de los partidos políticos presentes (Rae, 1971). Rae descompone la idea de fragmentación en dos componentes, el número de votos que logra cada candidatura, y la diferencia existente entre ese número de votos entre candidaturas. Pero el concepto de fragmentación está relacionado también con la capacidad efectiva de los partidos, o en palabras de Sartori (1976), con los partidos que resultan «relevantes», es decir, aquellos que o bien tienen potencial de gobierno, posibilidades de coalición o posibilidades de «chantaje». Y es ahí donde los partidos interpretaron el surgimiento de una nueva lógica de la competición, a saber, si el previsible nivel de fragmentación del sistema se verá incrementado con la aparición de los nuevos partidos, las probabilidades de obtener mayorías absolutas se verán reducidas, y, en este sentido, el potencial de coalición de los partidos gana valor para la formación de Gobiernos.

Esta nueva lógica de la competición que define los nuevos escenarios y, en consecuencia, las estrategias que deben definir tanto los partidos emergentes como los tradicionales, afecta no solo a las elecciones autonómicas, sino, muy especialmente, a los que tienen su mirada puesta en los inmediatos procesos generales, aunque estos gocen, por efecto del tamaño de las circunscripciones, de una mayor dinámica centrípeta.

Efectivamente, la lógica de la competición centrípeta que había caracterizado el modelo bipartidista encuentra su máximo estímulo de centrifuguidad en las competiciones autonómicas, más orientadas a pluripartidismo y con más espacio para la emergencia de nuevas formaciones, y, en este sentido, al igual que ocurre con las europeas, las autonómicas son un marco propicio para la aparición de nuevas formaciones. Sin embargo, cuando analizamos la presentación de candidaturas, nos damos cuenta de que, frente a las elecciones de 2011 y 2012, el número de candidaturas presentadas se ha reducido notablemente (gráfico 3.1) en ocho comunidades, mientras que se ha incrementado solo en siete. Solo en Cantabria se produce un incremento nítido de candidaturas, lo cual nos lleva a pensar que, frente a la idea de un escenario de apertura a nuevos actores, los partidos afrontaron las elecciones autonómicas de 2015 y 2016

como un escenario de consolidación de las opciones que ya se habían planteado en 2011 y 2012 o que habían emergido en las elecciones europeas, y no como un «nuevo escenario» para la aparición de nuevas formaciones. Pero lejos de ser por un cierre de la estructura de oportunidad, es precisamente su apertura la que provoca que los actores se tomen en serio el momento y aún en fuerzas aprovechando sinergias, no siempre bien definidas, en función de esta oportunidad, tal y como veíamos en las estrategias de Podemos con otros actores. De este modo, frente al surgimiento de nuevas opciones se impone la idea de amoldar los partidos que habían emergido en las elecciones europeas para adecuarlos a esta nueva competición, y entre ellos, Podemos y sus confluencias constituyen el caso más extremo de este amoldamiento.

Gráfico 3.1. Candidaturas 2011-2012 y 2015-2016



Fuente: Elaboración propia a partir datos de la Junta Electoral Central.

Cuatro factores están en la base de este nuevo escenario de competición: en primer lugar, la entrada de los nuevos partidos resitúa las posiciones en el eje izquierda-derecha; en segundo lugar, la aparición de las confluencias de Podemos alinea electorados procedentes de orientaciones diversas en el eje nacionalista; en tercer lugar, la aparición de nuevos *issues* en la competición ligados a la «nueva política» altera los modelos tradicionales de la competición, y hace que, frente a las políticas públicas tradicionales, aparezcan nuevos temas, como la regeneración democrática, la reforma de la Constitución, la reforma electoral, la presencia de investigadores en las listas, etc., que van más a las propias formas de la política que a las políticas mismas, y fi-

nalmente, en cuarto lugar, el conflicto catalán contamina la competición, haciendo que todos los partidos tengan que exhibir una posición respecto de Cataluña.

En cuanto a las posiciones en el eje izquierda-derecha —primer factor—, mientras Podemos elige, en una dura pugna interna, situarse a la izquierda del PSOE, Ciudadanos busca ubicarse entre el PP y el centro político, esperando, sin duda, que un retorno de la centripeticidad a la competición revalorice sus opciones. Y en este sentido, estratégicamente hablando, si la posición de Podemos se construía desde una estrategia de presente, la de Ciudadanos llevaba implícita una visión de futuro que solo el tiempo valorará. Lo importante de esta ubicación de los partidos en el eje izquierda-derecha es 1) que desde la posición en que se ubican se genera su potencial de coalición, que va a ser definitivo a la hora de formar nuevos Gobiernos y tener posibles aliados, y que 2) el previsible retorno de la centripeticidad al sistema puede poner en posiciones de debilidad a los partidos que hayan quedado en posiciones más periféricas, pero también es cierto que las tradicionales posiciones nacidas de las lógicas de clase ya no tienen hoy la fuerza de antaño, como venimos señalando.

Tabla 3.1. Medias de la ubicación ideológica de los principales partidos políticos

	PP	PSOE	Podemos	Ciudadanos
Andalucía	7,85	4,26	2,41	5,67
Aragón	8,22	4,29	1,88	6,45
Asturias	7,60	4,65	2,32	6,20
Baleares	8,64	4,49	2,30	6,60
Canarias	7,40	4,30	2,61	5,64
Cantabria	8,06	4,29	2,10	6,05
Castilla-La Mancha	8,08	4,26	1,93	6,09
Castilla y León	8,11	3,95	2,09	6,00
Cataluña	9,18	4,70	3,09	7,48
Comunidad Valenciana	8,04	4,32	2,11	5,99
Extremadura	8,24	3,96	1,76	6,18
Galicia	8,41	4,07	-	6,89
Comunidad de Madrid	7,99	4,56	2,28	6,10
Murcia	7,38	3,71	1,83	5,60
Navarra	8,47	5,51	2,89	6,75
País Vasco	8,93	4,98	2,81	8,24
La Rioja	7,47	3,45	2,33	5,65
Total	8,25	4,37	2,38	6,63

Fuente: Elaboración propia a partir del Banco de Datos del CIS, estudios n.º 3.097/2015, 3.094/2015, 3.091/2015, 3.089/2015, 3.096/2015, 3.093/2015, 3.086/2015, 3.098/2015, 3.095/2015, 3.090/2015, 3.092/2015, 3.088/2015, 3.087/2015, 3.079/2015, 3.113/2015, 3.155/2016, 3.154/2016 (fusionados).

Igualmente ocurría con la aparición de las llamadas confluencias de Podemos —segundo factor—, en cuya construcción la organización morada elige asegurarse el éxito electoral formando coaliciones en territorios difíciles con el coste de re-

nunciar a sus siglas, aunque esto suponga un cierto debilitamiento organizativo de cara al futuro y no solo a nivel de *branding*, sino muy especialmente en la indefinición respecto de los planteamientos nacionalistas y en la creación de liderazgos propios. Aunque el éxito de estas confluencias es mayor en el terreno municipal que en el autonómico, lo cierto es que el realineamiento de los electores es común en ambas arenas, permitiendo desanclar a los votantes del partido de procedencia —generalmente el PSOE— en todas las arenas. Y ese desanclaje en todas las arenas hace más consistente primero la transferencia y después la identificación del votante; aunque es precisamente en el terreno de la identificación donde los votantes de estas confluencias tendrán mayores discrepancias. El caso más extremo de esta transferencia se dio en Galicia, donde el surgimiento de las mareas no solo debilita al PSOE sino que también genera un espacio de reubicación para el voto nacionalista procedente del BNG que no solo lleva al partido nacionalista a mínimos, sino que, además, reduce los umbrales de identificación nacional también a valores desconocidos en la comunidad. O dicho de otro modo, cuando los votantes nacionalistas se incorporan a las mareas dejan de ser nacionalistas y empiezan a moverse en torno a otros *issues* más ligados a la nueva política.

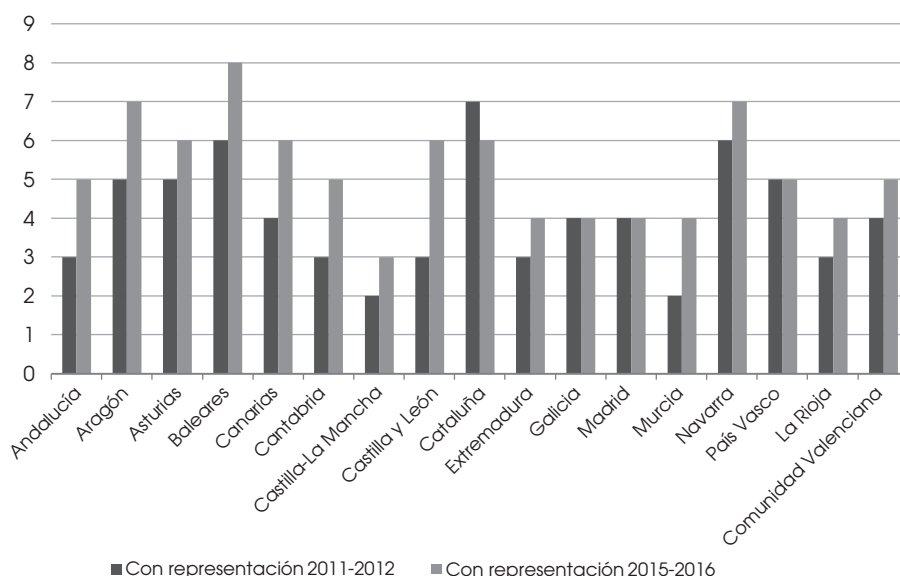
Ciudadanos, como vimos, elude la lógica de la coalición preelectoral y se centra en su capacidad de pactar y sostener Gobiernos, ya de izquierdas, ya de derechas, siempre que se cumplan las condiciones de su «nueva política», tercer factor. Los dos nuevos partidos explotan, así, de forma diferente su potencial de coalición, Podemos, a través de coaliciones previas, Ciudadanos, como coaliciones de gobierno; Podemos, orientado desde el principio al resultado electoral, Ciudadanos, más orientado al posicionamiento institucional y al crecimiento orgánico. Los dos tratando de escapar a la lógica izquierda-derecha, aunque los dos condenados en algún momento a caer en ella, ya de manera coyuntural, ya de manera definitiva, porque los realineamientos de los votantes vienen definidos por procedencia y destino.

El cuarto factor que define este escenario es la omnipresencia del conflicto catalán, que hace que no solo Cataluña quede al margen de esta lógica por cuanto la dinámica de bloques que toma como *master frame* el *procés* (Cazorla y Rivera, 2016: 261) radicaliza y estatiza las posiciones, sino que, además, contamina las competiciones del resto del Estado y obliga a todos los actores políticos a posicionarse en torno a este factor. Y este es un factor definitivo en este tiempo tanto para los actores que pueden mantener posiciones bien definidas —PP y Ciudadanos— como para los que tienen enormes dificultades para moverse en un conflicto pantanoso para el encuentro con sus votantes —PSOE y Podemos—.

La extensión del conflicto catalán al resto de España constituye el campo propicio para el desarrollo de Ciudadanos, y en este sentido el mantenimiento de esta tensión por parte del PP no hace más que aumentar las opciones de Rivera, que ve cómo la política nacional se vertebra sobre el conflicto sobre el que Ciudadanos ha construido su organización.

Estos cuatro factores definen la nueva lógica de una competición, como hemos dicho, no orientada por la aparición de partidos nuevos sino por la consolidación y el reposicionamiento de los que habían aparecido en los comicios anteriores. Y esta nueva lógica alimenta una competición más centrífuga, más fragmentada, que dificulta la construcción de mayorías absolutas y que facilita el realineamiento de los votantes.

Gráfico 3.2. Candidaturas 2011-2012 y 2015-2016



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de las páginas web oficiales de los Parlamentos autonómicos.

Todo ello ha dado pie a la consolidación y reposicionamiento de las nuevas formaciones políticas en las últimas elecciones autonómicas, de tal modo que, mientras el número de candidaturas se veía reducido, el número de partidos en los Parlamentos autonómicos se veía notablemente incrementado. Parece más que obvio que la mayor fragmentación de los Parlamentos y Asambleas autonómicas tras estos comicios⁴ ha incidido en el modo en que se han conformado los nuevos Gobiernos.

Reducidas en la mayoría de las comunidades autónomas las posibilidades de formación de Gobiernos con mayoría absoluta, los partidos políticos han priorizado la búsqueda de una mayor capacidad de formar coaliciones, lo cual se ha traducido en la pérdida del Partido Popular (PP) de su posición hegemónica en cuanto a los

⁴ Ver capítulo 9 sobre resultados electorales y sistemas de partidos.

Gobiernos autonómicos: si tras elecciones autonómicas de 2011-2012 contaba con once presidentes autonómicos (Aragón, Islas Baleares, Cantabria, Castilla-La Mancha, Castilla y León, Extremadura, Galicia, Madrid, Murcia, La Rioja y Comunidad Valenciana), después de los comicios autonómicos de 2015-2016 se hacía con tan solo cinco presidencias (Castilla y León, Galicia, Madrid, Murcia y La Rioja). Así, la nueva dinámica de competición, marcada por el incremento de actores, el realineamiento de los votantes y el creciente valor de la capacidad de formar Gobiernos de coalición, pone en un aprieto a los populares en las arenas autonómicas.

Por el contrario, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) parece haberse visto beneficiado de esta nueva dinámica de competición, que, a pesar de sus débiles resultados, privilegia su posición y sus opciones de coalición. Así, si los socialistas contaban con tan solo dos presidentes autonómicos en la legislatura previa (Andalucía y Asturias), conseguían siete tras los últimos comicios autonómicos (Islas Baleares, Castilla-La Mancha, Comunidad Valenciana, Andalucía, Aragón, Asturias y Extremadura). Paradójicamente, la entrada de las nuevas formaciones, y por consiguiente, una mayor fragmentación, parece haber beneficiado a los socialistas, de hecho, de las siete comunidades donde se da un cambio de Gobierno, cinco de ellas pasan a estar presididas por un miembro del PSOE (Aragón, Islas Baleares, Castilla-La Mancha, Extremadura y Comunidad Valenciana) y una está como socio de Gobierno (Cantabria). Tan solo en el caso de la comunidad foral se da un cambio de Gobierno autonómico sin que el PSOE forme parte del nuevo Ejecutivo.

Podemos afirmar que tras las últimas elecciones autonómicas el número de partidos «relevantes» ha aumentado, a pesar de que el número de candidaturas que se presentaron en la mayoría de las comunidades ha descendido. No hay más que hacer un repaso a la formación y composición de los Parlamentos y Gobiernos tras las elecciones autonómicas de 2015-2016, como se hace en otro capítulo de este libro, y comparar estos Gobiernos autonómicos con sus predecesores.

3.4. Resultados de las lógicas de la coalición

En el epígrafe anterior, para referirnos a las propuestas estratégicas de Podemos y Ciudadanos distinguíamos entre coaliciones preelectorales y coaliciones de gobierno; ahora, atendiendo a la diversidad de los escenarios electorales en el conjunto de las autonomías, observamos dos posibles tipos de coaliciones de gobierno: una de ellas está predefinida y se hace viable o no, es el caso de Cataluña, donde la lógica de competición entre partidos se establece como una lógica entre bloques antagónicos, separados por la propia competición; mientras, hay otras comunidades autónomas donde es posible otro tipo de coalición, allí donde tanto el PSOE como Ciudadanos pueden negociar con casi cualquier otro partido de su entorno político, dando lugar a la formación de Gobiernos con una composición de fuerzas

políticas diversas. La principal consecuencia de esto es el cambio de Gobierno que se produce en siete comunidades autónomas (Aragón, Islas Baleares, Castilla-La Mancha, Extremadura, Comunidad Valenciana, Cantabria y Navarra) sin que los resultados electorales hayan variado sustancialmente respecto de las convocatorias anteriores. La naturaleza de este cambio político al que nos referimos, y que afecta, por tanto, a la necesidad de recurrir al pacto y a la formación de coaliciones de gobierno, deriva en buena medida no solo de la volatilidad que se produce entre bloques ideológicos, sino también, y en algunos casos, fundamentalmente de la volatilidad intrabloques, lo que implica una transformación del sistema que va más allá de la clave ideológica⁵.

Sobra decir que las elecciones autonómicas tienen lugar en territorios con características muy heterogéneas, no solo por la singularidad de las denominadas comunidades históricas sino también por referencia a las diferentes dinámicas de las demás autonomías. La importancia que en España tiene el *cleavage* territorial (Keating y McCrone, 2013: 28-46) nos hace preguntarnos sobre las diferencias de enfoque de esta clase de comicios de los PAE y de los PANE, prestando especial atención a la tendencia a la instrumentalización de las elecciones autonómicas y el papel que juegan los PAE en presentar estas elecciones como la antesala de las elecciones generales (Pallarés, 2014).

En este capítulo hemos hecho una doble clasificación de los partidos de gobierno resultado de estas elecciones autonómicas para diferenciar entre 1) Gobierno autonómico de un partido de ámbito estatal, 2) Gobierno autonómico de un partido de ámbito no estatal o 3) Gobierno autonómico mixto (coalición de PAE y PANE). También distinguimos entre aquellos en los que se ha mantenido el mismo partido de gobierno y aquellos en los que se han cambiado tanto el partido de gobierno como los socios que sostienen el acuerdo de gobierno, tal y como queda reflejado en el mapa 3.1, el cual da cuenta de la proximidad espacial de los cambios y continuidades que presentamos.

Son tres las comunidades autónomas en las que las nuevas formaciones, o mejor dicho, Podemos, entran en sus respectivos Gobiernos autonómicos: Castilla-La Mancha, Navarra y Comunidad Valenciana. La entrada de Podemos y de sus confluencias en las coaliciones de gobierno da cuenta de que, pese a su posición ex-céntrica, el potencial de coalición intrabloque de Podemos ha sido explotado al máximo. La limitación del potencial de coalición de Podemos reside en su incapacidad de alcanzar coaliciones fuera del propio bloque de izquierdas. Pero además de estas tres comunidades en las que Podemos se incorpora al Gobierno, también hay que mencionar otras tres, Baleares, Aragón y Extremadura, donde, sin incorporarse al Gobierno, sí hay un acuerdo de investidura y/o apoyo a los respectivos Gobiernos. Estas comunidades dan cuenta de la enorme versatilidad de Podemos,

⁵ Ver capítulo 9 sobre resultados electorales y sistemas de partidos.

Mapa 3.1. Continuidad y cambios en los partidos de gobierno autonómicos

En este mapa hemos querido representar una clasificación basada en si el partido, o partidos, de gobierno se mantiene o, por el contrario, cambia; y, por otro lado, si el partido(s) de gobierno es un partido de ámbito estatal (PAE), un partido de ámbito no estatal (PANE) o un Gobierno de coalición entre PAE y PANE. Así, nos encontramos con seis CC. AA. donde se mantiene el mismo partido de gobierno siendo este un PAE (Asturias, Castilla y León, Galicia, Madrid, Murcia y La Rioja) y tres CC. AA. donde el partido de gobierno cambia siendo el actual un PAE (Andalucía⁶, Castilla-La Mancha y Extremadura). Nos encontramos con dos CC. AA. que cuentan con un Gobierno constituido por partido(s) PANE, Canarias y Cataluña. Por último, distinguimos seis CC. AA. con lo que denominamos Gobierno mixto y que, a su vez, han vivido un cambio de Gobierno (Aragón, Islas Baleares, Cantabria, País Vasco, Navarra y Comunidad Valenciana).

Fuente: Elaboración propia.

que, pese a situarse en una posición excéntrica, ha interpretado de la forma más versátil posible su potencial de coalición para generar coaliciones de candidatura (preelectorales), coaliciones de gobierno y, en estos tres últimos casos, acuerdos de investidura y soporte de Gobierno. En cada una de estas tres formas de expresión del potencial de coalición de un partido, Podemos ha encontrado posibilidades de acción. Incluso la abstención de Podemos será clave también para la formación del Gobierno en Cantabria y Asturias.

Frente a este carácter activo de Podemos, los resultados electorales de Ciudadanos no le han permitido ser determinante en la formación de Gobiernos autonómicos, salvo en Andalucía y Murcia, y su abstención en Asturias y en La Rioja. En

⁶ En los casos de Andalucía, Canarias, Cataluña y País Vasco, debemos aclarar que consideramos que han sufrido cambios, ya que, aunque el principal partido de gobierno (PSOE-A, CC, CDC y EAJ-PNV, respectivamente) sigue en el Gobierno, lo hace cambiando de socios, perdiendo o sumando distintos.

este sentido, su potencial de coalición, vinculado tanto a su posición en el eje izquierda-derecha como a la propia expresión discursiva de su voluntad de generar acuerdos de gobierno, se ve limitado por su propia capacidad de representación, elemento definitivo cuando hablamos de potencial de coalición. Sin embargo, la importancia de los tres casos en los que Ciudadanos es determinante para la formación de Gobierno es que en Andalucía resulta elegida la candidata del PSOE y en Murcia y en Madrid, los candidatos son del PP. Lo mismo ocurre en los casos en los que la abstención de Ciudadanos permite investir al presidente, en Asturias permite investir a un candidato socialista y en La Rioja lo hace con un candidato del PP, lo cual da muestras de que, frente a la lógica intrabloque que se desprende de los acuerdos y coaliciones de Podemos, Ciudadanos busca situarse en una lógica interbloque o, si queremos decirlo de otro modo, insiste en trascender la lógica tradicional izquierda-derecha para situar su potencial de coalición solo en los términos de la «nueva política», y de ahí su necesidad de explicitar el tipo de condiciones que sustentan sus acuerdos, que tanto en Andalucía como en Murcia han estado ligados al papel que en los partidos tradicionales tenían los «investigados».

Tabla 3.2. Composición de Gobierno y apoyo investidura/apoyo gobernabilidad

	Gobierno en solitario	Gobierno en coalición	Gobierno con apoyo en la investidura/apoyo gobernabilidad
PP	Castilla y León Galicia Madrid Murcia La Rioja		
PSOE ¹	Andalucía Asturias Extremadura	Aragón Cantabria Castilla-La Mancha ² Comunidad Valenciana Islas Baleares País Vasco	
Podemos		Castilla-La Mancha Comunidad Valenciana Navarra	Aragón Castilla-La Mancha Extremadura Islas Baleares
Cs			Andalucía
MÉS		Islas Baleares	
Compromís		Comunidad Valenciana	
Geroa Bai		Navarra	
EH Bildu		Navarra	
IU			Aragón Asturias Navarra

Tabla 3.2. Composición de Gobierno y apoyo investidura/apoyo gobernabilidad (continuación)

	Gobierno en solitario	Gobierno en coalición	Gobierno con apoyo en la investidura/ apoyo gobernabilidad
CHA		Aragón	
CC-PNC	Canarias ³		
CCa-AHÍ			Canarias
ASG			Canarias
PRC		Cantabria	
JxSí	Cataluña		
CUP			Cataluña
EAJ-PNV		País Vasco	

¹ Incluimos aquí: PSIB-PSOE, PSPV-PSOE y PSE-EE.

² Podemos entra en el gobierno en el verano de 2017.

³ Se formaría un Gobierno de coalición entre CC-PNC y PSOE que se rompería más tarde, dejando a CC-PNC gobernando en solitario.

Fuente: Elaboración propia.

Además de Baleares, Aragón o Comunidad Valenciana, el PSOE exhibe su potencial de coalición en otras tres comunidades autónomas, lo que le convierte en el partido que más rendimiento saca a dicho potencial de coalición a pesar de sus modestos resultados.

Pero si algunas elecciones autonómicas explican la nueva lógica de la competición, orientada por el potencial de coalición, aun en su clima de excepcionalidad, estas son las elecciones catalanas. La decisión de los partidos nacionalistas de formar una coalición electoral, a pesar de su hasta el momento incompatible ubicación en el eje izquierda-derecha, da cuenta del debilitamiento de este eje y de las posibilidades que se abren en el sistema a los nuevos modelos de coalición. La lógica de los bloques construida en Cataluña por los nacionalistas, y alimentada por Ciudadanos y el PP, condena a la sociedad catalana a un estatismo solo solucionable desde el bloque nacionalista. Curiosamente aquí, la versatilidad de Ciudadanos en el eje izquierda-derecha se transforma en incapacidad en el eje nacionalista impidiendo las posibles coaliciones a pesar de haber ganado las elecciones.

Esa misma incapacidad de Ciudadanos en el eje nacionalista se le presenta al PP en el eje izquierda-derecha. El PP no tiene cultura de coalición porque tradicionalmente no la ha necesitado. Frente a la fragmentación tradicional de la izquierda, el PP ha ocupado de forma hegemónica, como hemos señalado, el amplio espacio de la derecha española; desde esa posición ha gestado su estrategia autonómica renunciando a competir en aquellas comunidades en que una derecha nacionalista tenía una posición privilegiada (Cataluña y País Vasco). La incorporación de esta nueva lógica basada en el potencial de coalición muestra las debilidades

del PP en este terreno y hace que solo conserve aquellos Gobiernos en los que obtiene mayorías absolutas y los Gobiernos de La Rioja y Murcia, donde la participación de Ciudadanos le permite investir presidente.

3.5. Conclusiones

La irrupción de los nuevos partidos, de los nuevos escenarios de competición y de las nuevas lógicas que definen el éxito de los partidos en la competición han alterado definitivamente las estrategias de los actores y el éxito de las mismas.

La mayor dispersión del voto ha generado nuevas dimensiones a la competición, que ya no solo se asienta en el eje de clase o en el identitario, sino que permite que nuevas dimensiones —nuevo-viejo— adquieran una relevancia tan importante al menos como las anteriores. Y que en función de esa relevancia se incorporen nuevos *issues* que fortalecen la presencia de dichas dimensiones. Esto no significa que desaparezcan las dimensiones tradicionales, sino que se incorporen otras que completan o alteran el valor explicativo de las primeras.

Estos cambios afectan a las lógicas de la competición y muy especialmente a la lógica de la formación de Gobiernos, de tal modo que 1) ha habido una mayor propensión a la formación de coaliciones en el espacio de la izquierda que en el de la derecha, dentro de esta lógica tradicional, pero también 2) se han dado coaliciones propiciadas por nuevos partido —Ciudadanos— que han transcendido dicha lógica.

El PP se ha encontrado con la fragmentación de la derecha, una novedad para la cual todavía no ha desplegado recursos ni organizativos, ni de liderazgo ni estratégicos. Y eso hace que su lógica de competición, diseñada para la hegemonía o para la existencia de un socio muy secundario, tropiece ahora con un *partner* poco proclive a participar de esta lógica.

Las estrategias desarrolladas por Podemos lo han puesto de relieve como un actor que muestra de un enorme potencial de coalición tanto con el PSOE como con otras formaciones del bloque de izquierdas, participando en un importante número de arreglos preelectorales o poselectorales que, a diferencia de Ciudadanos, le han llevado a formar parte de varios Gobiernos regionales.

Esta diferente estrategia de los nuevos partidos, que muestra en Podemos una vocación por participar en los Gobiernos y en Ciudadanos un deseo de no mezclarse con la vieja política, dibuja dos rutas absolutamente diferentes para llegar a un mismo objetivo, la Moncloa. Mientras la estrategia de Podemos es más tradicional, a saber, asentar posiciones, incrementarlas y desde las posiciones institucionales previas dar el asalto final, la de Ciudadanos resulta más coherente con la nueva política.

Ciudadanos huye de verse mezclado en el fango de la vieja política para alisar el camino de su líder. Sus recursos no son las posiciones institucionales sino la co-

municación y muy especialmente en sus nuevos formatos, a saber, nueva imagen, nuevo discurso, nueva forma más allá del contenido. Y así, frente a la lógica tradicional intrabloque en la que se mueve Podemos, la singularidad de Ciudadanos descansa en que trasciende el eje izquierda-derecha y se presenta una y otra vez como un partido que puede pactar con el PSOE y el PP; aunque luego esta flexibilidad se pierde totalmente cuando se mueve en el eje nacionalista.

El PSOE, con todos sus conflictos, ha dado muestras de su capacidad para mostrarse como partido de gobierno, explotar su amplia presencia orgánica en el territorio y, una vez más, ser el partido con mayor capacidad para sacar rendimientos de su potencial de coalición, y fruto de ello ha pasado de dos a siete presidentes de comunidad autónoma sin haber obtenido ninguna mayoría absoluta.

Las elecciones autonómicas han servido para mostrar a los partidos que la lógica de la competición había cambiado, sino definitivamente, al menos para los próximos procesos, y que los partidos que no se adecúen a ese cambio tendrán serias dificultades para acceder a los futuros Gobiernos en todas las arenas de la competición.